

RECORRIDO E IMPLICACIONES DE LA REACCIÓN MAURÓFOBA EN EL ROMANCERO NUEVO¹

José Luis Eugercios Arriero
(RCU Escorial – María Cristina)
jl.eugercios@rcumariacristina.com

RESUMEN

El romancero que aquí se llamará maurófono surge como reacción interna frente a la intensidad de la moda morisca, de la que hace burla denunciando tanto sus defectos literarios como sus posibles implicaciones étnicas y religiosas. De si estas se toman más o menos en serio dependerá que valgan para explicar el rápido decaimiento de un género que fue indiscutiblemente hegemónico. Hecho un recorrido por los textos, que se dan listados al final en tabla sinóptica, todo indica que aquellas polémicas no tuvieron mayores pretensiones que el cruce de ingenios.

PALABRAS CLAVE: romancero morisco; maurofobia; Góngora; Laso.

THE COURSE AND IMPLICATIONS OF THE MAUROPHOBIC REACTION IN THE ROMANCERO NUEVO

ABSTRACT

The maurophobic romancero is an internal reaction against the Moorish fashion, to denounce both its literary defects and its ethnic and religious implications. Their interpretation will depend on whether they are taken more or less seriously, as well as their validity to explain the decline of a genre that was indisputably hegemonic. In this work I carry out a tour of the texts, which I offer at the end in a table, and I conclude that they are polemics that take advantage of the Moorish fashion.

KEY WORDS: Moorish romancero; Maurophobia; Góngora; Laso.

¹ Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación PID2020-117488GB-I00, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España, en el marco del proyecto de I+D+i, convocatoria 2020, del programa estatal de generación del conocimiento y fortalecimiento científico y tecnológico, desde el 01/09/2021 hasta el 31/08/2025. Investigador principal: Mariano de la Campa Gutiérrez.

UN ROMANCERO MORISCO MAURÓFOBO

Cuando el género morisco² para el romancero es todavía hegemónico en las *Flores*, a comienzos de la década de 1590, comienza a difundirse por los mismos cauces una serie de impugnaciones poéticas al género que lo censuran utilizando sus mismos códigos. Son esos romances que aquí se llamarán moriscos maurófobos, por oposición al concepto de maurofilia, para deslindarlos de las sátiras raciales de cordel³ pero, ante todo, porque así se trasparenta su inclusión dentro del género morisco⁴, de cuyo aparato referencial se sirven para abajar al ennoblecido moro granadino de emblema caballeresco a objeto de burla. El interés de estas piezas es vario. Por de pronto, se viene diciendo que anuncian y explican el agotamiento del romance nuevo de moros, razón esta sobre la que necesariamente habrá que volver más abajo. De otra parte, se han utilizado en ocasiones para justificar la consideración de dicho agotamiento desde parámetros extraliterarios, a saber, las tensiones previas a los decretos de deportación masiva de los conversos a partir de 1609. En efecto, la asociación se ofrece de primeras automática, aunque también puede que dichas tensiones poco o nada tuvieran que ver

² Para una poética del romancero morisco, véanse Fernando José Wolf y Conrado Hofmann, *Primavera y flor de romances ó colección de los más viejos y más populares romances castellanos* (Berlín: A. Asher y Comp., 1856), 44-45; Ramón Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico (Hispano-Portugués, Americano y Sefardí). Teoría e Historia* (Madrid: Espasa-Calpe, 1953) tomo 2, 126-130; María Goyri, “Los romances de Gazul”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 7 (1953): 403-404; Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XX)* (Madrid: Revista de Occidente, 1956), 47-51; Manuel Alvar, *El Romancero: Tradicionalidad y pervivencia* (Barcelona: Planeta, 1970), 90-93; o Amelia García Valdecasas, *El género morisco en las Fuentes del “Romancero General”* (Valencia: UNED Alzira - Diputación de Valencia - Interciencias 4, 1987), 16-18.

³ Cuyo valor literario es mínimo, y que constituyen un fenómeno ajeno al romancero nuevo, aunque no por ello carecen de interés. En la literatura de cordel, que Cirot, “La maurophilie littéraire en Espagne au XVIe siècle (Suite et Fin)”, *Bulletin Hispanique* 46.1 (1944): 12 compara con “la presse ou la radio de l'époque”, subsiste la vieja función noticiera de los romances, y allí encontraremos los textos más abiertamente antimoriscos. Estas sátiras raciales antimoriscas no se difunden en momentos de controversia, sino prudentemente *a posteriori*. Referidas a la sublevación de las Alpujarras conservamos apenas tres piezas, que ha estudiado Sánchez Pérez, “La guerra de las Alpujarras y la propaganda antimusulmana a través de los pliegos sueltos poéticos del siglo XVI”, en *Las relaciones de sucesos en los cambios políticos y sociales de la Europa moderna*, ed. J. García López y S. Boadas Cabarrocas (Barcelona: Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona - Universitat de Girona, 2015), 55-82; y los pliegos, como anota Feros Carrasco, “Retóricas de la expulsión”, en *Los Moriscos: Expulsión Y Diáspora. Una Perspectiva Internacional*, ed. M. García-Arenal y G. Wieggers (Valencia - Granada - Zaragoza: Biblioteca de Estudios Moriscos, 2013), 86-87, no volverán a interesarse por la cuestión antes de 1610, esto es una vez iniciado el proceso de deportación masiva. A partir de estas fechas sí comienzan a aparecer larguísimas crónicas en verso que celebran la medida aprovechando el viento a favor. Varias de ellas la editó Ruiz Lagos en su antología intitulada *Moriscos. De los romances del gozo al exilio* (Sevilla: Guadalmena, 2001) donde las mezcla con romances nuevos moriscos para establecer el paralelismo, tan sugerente como equívoco, entre la fortuna de la poesía de asunto moro y la de los conversos.

⁴ Y como tales figuran en las nóminas más exhaustivas, desde la de Agustín Durán Madrid, *Romancero general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII* (Madrid: Rivadeneyra, 1849), tomo 1, 128-136; hasta la de García Valdecasas, *El género morisco*, 171-179. Durán, eso sí, les dedicó un subapartado que llamó de “romances moriscos satíricos”; criterio que Fuchs, *Una nación exótica. Maurofilia y construcción de España en la temprana Edad Moderna* (Madrid: Polifemo, 2011), 142, cuestiona por cuanto “tiende a borrar las conexiones” entre los romances atacados y sus sátiras o parodias.

con el ocaso de una moda que, en atinada imagen de Antonio Carreira⁵, ya se venía consumiendo en su propia salsa.

Lo que sí es cierto es que el romancero morisco, que había surgido por los primeros años ochenta del XVI, para la *Flor* madrileña de 1597 ha dejado de ser productivo y la frontera del nuevo siglo la cruza prácticamente fosilizado⁶. A cosa de una década de que se promulgasen los primeros decretos de deportación masiva de los moriscos, hoy sabemos que, contra lo que pensaban Menéndez Pidal⁷ o Márquez Villanueva⁸, no se fraguaba todavía la expulsión. Tensiones había, claro, pero no más que quince años antes, cuando los primeros Gazules y Zaides ya hacían fortuna por la corte. Con todo, don Ramón dio por supuesto, sin meterse a justificarlo, que si la moda de los moros sentimentales perdió el favor del público y los poetas fue por razones no solo “literarias, sino también políticas y religiosas”⁹; y varios otros a su zaga han trabajado esta hipótesis, desde Colonge, el propio Márquez Villanueva y Carrasco Urgoiti, hasta García Valdecasas o, más recientemente, Fuchs¹⁰. No deja de ser curioso

⁵ *Romancero General, en que se contienen todos los Romances que andan impresos. Ahora nuevamente añadido, y enmendado. Año 1604* (México: Frente de Afirmación Hispanista, 2018), tomo 1, 42.

⁶ Para su recorrido editorial, véase Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico*, tomo 2, 125.

⁷ *Ibidem*, 160.

⁸ Remitiendo al trabajo clásico de Danvila y Collado sobre *La expulsión de los moriscos españoles*, afirma que esta “fue acordada en principio por una consulta del Consejo de Estado de 3 de enero de 1602” (“Lope, Infamado de morisco: *La Villana de Getafé*”, *Anuario de Letras: Lingüística y Filología* 21 (1983): 172, nota 37). Es verdad que por este tiempo el rey piensa seriamente en la expulsión de los moriscos y que a tal efecto convoca, en la fecha indicada, una Junta. Sin embargo, el proceso se paraliza por la oposición de Gaspar de Córdoba, confesor del rey; y nada menos que del Duque de Lerma, quien aduce problemas de conciencia aunque quizás, sugiere Trevor Dadson, *Los Moriscos de Villarrubia de los Ojos (Siglos XV-XVIII): Historia de una minoría asimilada, expulsada y reintegrada* (Madrid: Iberoamericana, 2015), 307, tampoco consideraba prudente el desembarco de miles de deportados en las costas norteafricanas. Suponía Márquez Villanueva que, elevado Sandoval y Rojas a grande de España y consolidado como valido, llega “un momento en que ciertas cosas no pueden pasar ni aun como chistes y oírse motejar de morisco no tiene ya ninguna gracia” (“Lope”, 172), pero quizás las cosas no fueron así, por más que su cambio de postura sí pudiera resultar determinante para los decretos de expulsión. Como fuera, no se iba a producir hasta 1608, cuando muere el cardenal Jerónimo Javierre, a la sazón confesor real y principal opositor a la medida. Solo entonces pasa Lerma al otro bando, se arrepiente de sus antiguas reticencias (Jónsson, “The Expulsion of the Moriscos from Spain in 1609-1614: The Destruction of an Islamic Periphery”, *Journal of Global History* 2 (2007): 195-212.; Benítez Sánchez-Blanco, *Tríptico de la expulsión de Los Moriscos. El Triunfo de La Razón de Estado* (Montpellier: Presses universitaires de la Méditerranée, 2012), 29-30). Es más, aseguran A. Domínguez Ortiz y B. Vincent, *Historia de los moriscos: vida y tragedia de una minoría* (Madrid: Revista de Occidente, 1978), 171 que todavía para 1607 no se piensa en la expulsión, al menos como medida inmediata. Para todo lo referido al proceso y sus causas véase el muy sugerente trabajo del profesor Santiago La Parra, “Sobre las causas de la expulsión de los moriscos”, en *Conversos i Expulsats. La minoría morisca entre l'assimilació i el desterrament. Actes del Congrés “400 anys de l'expulsió dels moriscos”* (Muro, octubre 2009), ed. E. Gozábez Esteve y J. Ll. Santonja Cardona (Muro: Ajuntament de Muro, 2009), 143-170.

⁹ *Romancero Hispánico*, tomo 2, 160.

¹⁰ Véanse Colonge, “Reflets littéraires de la question Morisque entre la Guerre des Alpujarras et l'expulsion (1571-1610)”, *Boletín de La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* 33 (1969-1970): 137-243; Carrasco Urgoiti, “Vituperio y parodia del romancero morisco en el romancero nuevo”, en *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos: Actas del Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, los días 30 y 1-2 de diciembre de 1983* (Madrid: Casa de Velázquez - Universidad Complutense, 1986), 115-138; Márquez

que la crítica nacional se haya mostrado tan particularmente adepta, de hecho más que la foránea, a proponer lecturas en clave socio-histórica para el devenir del romancero morisco, de común sobre la base supuestamente probatoria de sus impugnaciones poéticas. Ha sido también, sin embargo, justamente un lopista español, Sánchez Jiménez¹¹, el único en afirmar sin rodeos que, “por lo que respecta al argumento de que las tensiones políticas acabaron con el género, resulta simplemente insostenible”. Aun estando de acuerdo con él en lo principal, me cuesta suscribirlo con su misma rotundidad por cuanto la *probatio diabolica* impone ciertas cautelas y asegurar que algo no sucedió rara vez no deja abierta la puerta a que un nuevo dato venga a desdecirnos. Por otra parte, justo es reconocer que nadie llegó nunca al exceso de atribuir aquel agotamiento única ni principalmente a las tensiones étnicas y religiosas, aunque sí se ha tendido a suponer que tuvieron su cierto peso y que de ello dan razón las sátiras y parodias al género. A fin de cuentas, aduce Márquez Villanueva¹² en razón que aquí no se discutirá, la literatura actúa tantas veces como “valiosa lente correctora” desde la que descubrir “realidades, juicios y alternativas políticas en amplia gama de alternativas o disidencia respecto a las tesis oficiales”; y resulta estimulante buscar cualquier relación entre un género y un problema que, bien que por motivos diferentes, venimos llamando moriscos: no en vano el término, aplicado a los romances, lo encontramos justamente en sus censores.

Distinto es si realmente consideraban que la poesía de moros atentaba, por sus implicaciones, contra la identidad patria y por ello era preciso combatirla; y, aun cuando así fuera, lo que habría que probar es si lo declararon en sus propios romances maurófobos. Componen estos un grupo menos homogéneo de lo que invitan a pensar sus varios lugares comunes, y mezclan burlas y veras de tal modo que no siempre resulta sencillo sopesar su real calado. A tal efecto, se irán comentando en las páginas que siguen todos aquellos romances que reaccionan contra el género morisco, ya en general o como burla sobre alguno otro particular, buscando siempre su lectura más recta aunque si descartar por principio que puede haber implicaciones extraliterarias. Quizás tampoco den respuesta última sobre por qué se extinguió tan súbitamente del romancero la que llegó a ser su vertiente más pujante, pero sí ofrecen el valiosísimo testimonio de qué pensaban al respecto los poetas. Siquiera por esto, y sin dar supuesto que lo dijeran todo ni que dijeran siempre verdad, conviene tenerlo en cuenta

GÓNGORA, EN LOS INICIOS

El romancero mauróbofo nace casi con el morisco, porque hacia 1585 compone Góngora *Ensíllenme el asno rucio*¹³, contrafacción paródica punto por punto

Villanueva, “Lope”; García Valdecasas, “Decadencia y disolución del Romancero morisco”, *Boletín de La Real Academia Española* 69 (1989): 131-158; y Fuchs, *Una nación exótica*.

¹¹ “La batalla del romancero: Lope de Vega, los romances moriscos y *La villana de Getafé*”, *Anuario Lope de Vega. Texto, Literatura, Cultura* 20 (2014): 175.

¹² “El Problema historio-gráfico de los moriscos”, *Bulletin Hispanique* 86.1-2 (1984): 62.

¹³ Para Góngora, se aceptarán aquí las fechas que da Carreira en su edición de los *Romances*, (Barcelona: Quaderns Crema, 1998), tomo 2, 19. Sin embargo, todos los textos se leen y citan, salvo indicación distinta, por su versión del *Romancero General* de 1600.

del célebre romance lopesco del potro, al que acompañó casi siempre consecutivo como aquella «sombra desmitificadora» que decía Carrasco Urgoiti¹⁴. Se hace extraño pensar que en fecha tan temprana, a cuatro años todavía de su estreno editorial en la primera *Flor*, le cansara ya al cordobés la moda de los moros sentimentales, aunque quizás sí aquellos tras los que se encubría Lope de Vega. ¿Y si el romance parodiado fuera no de Lope sino de Liñán, según indica su testimonio más antiguo¹⁵? Tanto daría si, como piensa Carreira, en cualquier caso Góngora lo creyó del Fénix¹⁶, aunque quizás no sea tan relevante quién de los dos lo escribió. A fin de cuentas, don Luis se tenía a sí mismo por representante de la aristocrática escuela andaluza y, en consecuencia, bien podría considerar que ni el uno ni el otro eran dignos de portar la máscara morisca¹⁷. Se trata, por tanto, de un ataque puntual más que de una censura del género¹⁸, al que el propio Góngora venía contribuyendo por los mismos años y que quizás consideraba al alcance de unos pocos; o acaso no buscaba otra cosa que atacar al Fénix haciendo escarnio de uno de sus romances más celebrados sin preocuparle gran cosa de qué fuera disfrazado.

Fuera lo uno o lo otro, e incluso las dos cosas, que parece más probable, Góngora es el primero en hacer burla de un romance morisco, bien que en el contexto de sus querellas con Lope; y desde aquí se ha interpretado a veces la reacción maurófoba por elevación de una disputa particular, esta que Restrepo Ramírez llama “polémica equina”¹⁹, a cuestión colectiva. Así, como “segunda escaramuza” se refirió Millé, y “segunda contienda” Orozco, al par que hacen *¡Ah, mis señores poetas! y ¿Por qué, señores poetas?*, deslizando una doble atribución más que dudosa, según se verá, a Góngora y Lope respectivamente²⁰. No sabemos por qué no aplicaron el mismo remoquete al curiosísimo *Triste pisa y afligido*, que sí es del cordobés y ya tiene algún cierto interés para calibrar su actitud frente al romancero morisco. Si lo hubiera dirigido

¹⁴“Vituperio y parodia”, 117. Solo en la *Flor* de Huesca sale de molde el romance de Lope sin su parodia.

¹⁵ El cancionero *Fuenteol*, ms. 973 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Pérez López, “El romance morisco “Ensillemme el potro”, atribuido a Liñán, y su parodia”, *Revista de Filología Española* 92 (2012), 101-116, ha tirado del hilo de esta atribución con un argumentario que, aunque se presenta coherente y bien expuesto, dista todavía de resultar concluyente.

¹⁶ “Problemas específicos en la edición del Romancero Nuevo”, *Abenamar* 1 (2016): 73.

¹⁷ Pensaría, a decir de don Emilio Orozco, *Lope y Góngora frente a frente* (Madrid: Gredos, 1973), 45, que los poetas madrileños no “conocían ni sentían lo andaluz”. Sí es cierto que Góngora mantuvo siempre una posición ambivalente entre el desdén y la aspiración hacia Madrid, como ha indicado Antonio Carreira, *Gongoremas* (Madrid: Península, 1998), 161-162. Respecto al desprecio del cordobés hacia Lope y Liñán por sus orígenes humildes y sus ansias de medro, véanse Sánchez Jiménez, *Lope pintado por sí mismo. Mito e imagen del autor en la poesía de Lope de Vega Carpio* (Woodbridge: Tamesis, 2006), 40; y Pérez López, “El romance”, 113.

¹⁸ No será ocioso recordar que cuando Millé, *Sobre La génesis del Quijote. Cervantes, Lope, Góngora, el “Romancero General”, el “Entremés de Los Romances”, etc.* (Barcelona: Casa Editorial Araluce, 1930), 149-157, edita y comenta en paralelo el romance lopesco y su parodia en ningún momento utiliza el término *morisco*.

¹⁹ “Otra escaramuza más en la rivalidad temprana entre Lope y Góngora: el soneto esdrújulo de “El caballero del milagro”, *Studia Aurea: Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro* 11 (2017): 565.

²⁰ Véanse Millé “Sobre la génesis”, 159; y Orozco, “Lope y Góngora”, 41, quien pensó que detrás del ataque estaba, si no Góngora, al menos “otro andaluz movido por él” (48).

principalmente contra *Desde un alto mirador* y este se debiera a Lope, según creían ambos críticos²¹, el asunto resultaría más sencillo; pero es de nuevo atribución tan endeble que Márquez Villanueva no se agarra a ella cuando propone que el cordobés atacaba a Lope, acaso bajo figura del moro Zulema²². Tampoco Carrasco Urgoiti, a quien le habría venido especialmente bien a la hora de salvar el incómodo escollo de un Góngora que parece pasar de maurófilo a maurófobo en fecha tan temprana como 1586, la que da Chacón. Para ella se trata de una parodia que llama autónoma²³ por cuanto no apunta a ningún otro romance, sino que crea uno tópico al que le va dando su contrapunto cómico en cuartetos interpolados de manera alterna, como si se hubiera escrito a dos plumas; y tendría por objeto no tanto atacar al género como mostrar que era susceptible de renovación. Como fuera, aquí sí hay ya burla de los códigos del romancero morisco, y para hacerla se acude, según anota Carrasco Urgoiti, al “mundo de los nuevos convertidos, en su nivel social inferior”: ahí están esa morita que merienda duraznicos o su enamorado, “[...] más gemidor / que el eje de una carreta” (vv. 53-54). La referencia es sutil pero cierta, de ahí que haya que traerla, e inaugura una vía que otros seguirán. Distinto es engazarla en un hilo argumental que vaya conduciendo poco a poco a la interpretación del romancero maurófobo como expresión de posturas antimoriscas, deriva esta por la que sí torcerá la ilustre estudiosa en otros textos.

Esta lectura de Carrasco Urgoiti, que da razón cabal de la construcción del texto, la acepta García Valdecasas²⁴, tantas veces a su zaga; pero más recientemente ha propuesto Bonilla Cerezo otra alternativa según la cual *Triste pisa y afligido* podría ser autoparodia nada menos que de *Aquel rayo de la guerra*²⁵. Sea o no, si en alguien cabe algo semejante es justamente en Góngora, poeta experimental donde los haya y, al contrario que Lope, poco devoto de aquella identificación neoplatónica de vida y literatura. El cordobés más bien parece que postula un cierto distanciamiento entre el autor y su obra; y, cansado quizás de los tan manoseados tópicos petrarquistas, emplea la risa para agitar moldes que considera trasnochados²⁶. De ahí que no le duelan

²¹ De nuevo en Millé, “Sobre la génesis”, 59-60; y Orozco, “Lope y Góngora”, 40-59. Si figura como de Lope en el índice de atribuciones elaborado por González Palencia para su edición del *Romancero General (1600, 1604, 1605)* (Madrid: CSIC, 1947), vol. 1, XXXV-XLIV.

²² Véase “Lope, infamado”, 180-181. De entre los argumentos que propone, algunos son quizás vaguedades, como la común afición del Fénix y Zulema por cantar sus amores, que valdría para tantos otros poetas. Más interesante es que entre los poetas “[...] sastres desde tiempo” pueda encontrarse aquel Agustín Castellanos, “poeta sastre”, a quien protegió Lope para burla de algunos rivales. Con todo, el erudito sevillano reconoce que esta amistad se documenta con certeza años después de componerse *Triste y afligido*. También por cuestión de fechas asume que el destierro de Zulema no puede hacer referencia al proceso por libelos, aunque no se resiste a traerlo.

²³ Para lo que sigue, véase “Vituperio y parodia”, 119.

²⁴ “Decadencia y disolución”, 135-136.

²⁵ “Imitación y autoparodia en el romancero morisco de Góngora”, *Studi Ispanici* 32 (2007): 117. Comienza el burlesco donde el otro acaba y ambos los protagoniza un moro de similar nombre, aunque para Jammes, *La obra poética de don Luis de Góngora* (Madrid: Castalia, 1987), 323, no se trata del mismo moro.

²⁶ A este respecto, véase el trabajo de A. Pérez Lasheras, “Góngora y el *Romancero General*”, *Edad de oro* 32 (2013): 281-298. Por aquellas fechas, la revista todavía se correspondía con las actas del congreso del mismo nombre, y el número citado recoge las ponencias del que se celebró en 2012. En la suya,

prendas a la hora de “sentar las bases de un género y deponerlas”²⁷ cuando, a fin de cuentas, tampoco había empeñado en él su identidad poética.

Quizás le cansaba que otros lo hicieran, de ahí el carácter eminentemente desmitificador de sus romances burlescos, tanto los dos vistos como *Despuntado he mil agujas*, que no entra en el primer *Romancero General* pero sí en la *Segunda parte del Romancero General y Flor de diversa poesía* compilada por Madrigal en 1605²⁸. Debió de componerlo hacia 1596²⁹, esto es un año antes de que la *Flor novena* de Madrid viniera a echarle el cierre editorial a la moda morisca, y cuando quizás no tenía demasiado sentido la queja de: “Basta el capellar con cifra, / no más adarga con mote” (vv. 5-6). Sin embargo, este de Góngora, que no es romance puro sino que trae la rima en consonante, más bien parece un ejercicio de estilo realizado sobre los que ya eran motivos recurrentes en la reacción maurófoba. Ello no quita para que pudiera tener en mente a Lope, y quién sabe si no andará el Fénix tras ese poeta monigote (v. 10) que canta sus desventuras o el galeote “que dio en la concha de Venus / las espaldas al açote” (vv. 19-20). Ambas imágenes valdrían para cualquier otro, pero a él tienta buscarlo siempre, y quizás pueda venir en apoyo de esta idea la alusión a la Invencible, en la que el poeta se jactaba de haber militado³⁰: aunque es magro argumento, quede anotado al menos. Junto con esto, la tercera cuarteta apela a los “galanes, los que acaudilla / el del arco y del virote, / o tengáis el bozo en flor / o en espinas el bigote” (vv. 9-12); en calco malicioso de los varios romances que hay de similar inicio, alguno morisco: de ellos, *Galanes, los de la corte* lo atribuyen al propio Góngora testimonios tempranos y, si fuera suyo³¹, nos encontraríamos de nuevo con que el cordobés no tiene mayor problema en utilizar sus propios materiales para la burla.

En fin, si el romancero morisco se asocia a Lope sobre todos los de su generación, fue Góngora uno de los que mayor provecho le sacaron a sus códigos y motivos con ánimo burlesco, y desde bien pronto. Quizás quería azuzar el panorama y, de paso, agraviar a los poetas madrileños, pero solo en 1596 pide abiertamente el fin de los moros sentimentales y sus disfraces, lo que no quiere decir que no le vinieran cansando ya desde antes, al menos los ajenos. Ahora bien, aunque así fuera, él iba a seguir trabajando toda su vida la materia del caballero musulmán, ya granadino o africano, con particular afición: ahí están *En la fuerza de Almería*, datado en 1620; o sus

pronunciada el 13 de marzo, el profesor Pérez Lasheras aprovechó el célebre endecasílabo de Góngora para asegurar que al cordobés le hartaban ya los “suspiros tristes, lágrimas cansadas” de Lope.

²⁷ Bonilla Cerezo, “Imitación y autoparodia”, 90.

²⁸ Sigo la edición moderna a cargo de Joaquín de Entrambasaguas (Madrid: CSIC, 1948).

²⁹ Le parece a Carreira, *Romances*, tomo 2, 19, fecha más probable que la de 1595 dada por Chacón.

³⁰ Sanchez Jiménez, “Lope de Vega y la Armada Invencible de 1588. Biografía y poses del autor”, *Anuario Lope de Vega*, 14 (2008): 257, concluye prudentemente que “no podemos afirmar o negar que Lope participara, aunque los datos que el autor proporciona en su obra prosística y poética incluyen algunos detalles que concuerdan con la ruta de la flota española”. Con todo, si llegó a Inglaterra, sorprende que no se encuentren en su obra más referencias siendo su carácter el que era.

³¹ Como figura en los mss. 976 y 996 de la Biblioteca del Palacio Real, aunque Carreira, *Romances*, tomo 3, 149-155, lo considera de atribución no probada. Otros romances moriscos que arrancan de modo parecido son *Galanes de Meliona*, conservado en el ms. 1587 de la Biblioteca del Palacio Real; o *Galanes, los del terrero*, que en las actas de la valenciana Academia de los Nocturnos figura a nombre de Tomás de Vilanueva.

romances del Albanés o del Español de Orán, que no dejan de ser derivación del género morisco, si bien trasplantada ahora a la nueva frontera con el turco.

UN DEBATE DE ACADEMIA

Aunque también se le ha dado alguna vez a Góngora *¡Ab, mis señores poetas!*, aparecido en la *Flor quinta* burgalesa de 1592, ahora no hay otra base que su rivalidad con Lope. De hecho, Carreira, que lo edita entre los atribuidos al cordobés, se acoge al juicio de Jammes, para quien el romance era “lo más antigongorino posible” por su patriotismo y abierta ideología antimorisca³²; y prefiere la opción de Laso de la Vega, propuesta por Márquez Villanueva y suscrita por Carrasco Urgoiti³³. A falta de otras mejores³⁴, el romance sí recuerda mucho a los varios maurófobos contenidos el *Manojuelo*. En cuanto a *¿Por qué, señores poetas?*, que le contesta en la misma *Flor*, tampoco hay indicio fuerte para dárselo al Góngora³⁵ más allá de la tentación de irle sumando escaramuzas o contiendas con Góngora. Lo más probable es que ninguno de ellos se encuentre detrás de estos textos, pero al par que estos componen se le aplica, más que a ningún otro, lo de escaramuza, porque ahora sí hay intercambio de pullas y argumentos. La aparición conjunta³⁶ de ambos textos dice, además, de la intención clara por parte de los editores de aprovechar un asunto que aquí no se ventila ya entre dos poetas particulares, sino que tuvo probablemente su origen en un debate de escuela a propósito del género morisco³⁷. Si así fue, que bien pudo, merecerá la pena detenerse en las razones expuestas, entre burlas y veras, por cada parte.

¡Ab, mis señores poetas! es, aparte de su cierta altura poética, un muy medido ejercicio dialéctico, y sienta las bases para la impugnación del género morisco desde un plan que se diría programático, trazado sobre unas líneas argumentales bien claras: el cansancio, la irrealidad de los moros sentimentales en su comparación con los moriscos del mundo real, la búsqueda de implicaciones extraliterarias en la maurofilia poética o la reivindicación de los viejos héroes cristianos medievales como antídoto. Así, lo que comienza como censura literaria deriva hacia la cuestión étnica y religiosa, y es legítimo

³² *Romances*, vol. 3, 231-240.

³³ Véanse respectivamente “Lope, infamado”, 170, nota 34; y “Vituperio y parodia”, 132.

³⁴ El ms. 4127 de la Biblioteca Nacional lo da, en atribución descabellada, como de Lope.

³⁵ Ni era costumbre suya salir personalmente al paso de las críticas ni le faltaba quién lo hiciera, como quien quiera que se oculte tras Avellaneda. Márquez Villanueva (“Lope, infamado”, 171, nota 36), piensa que *Desesperado camina*, publicado en la *Flor quinta* de Lisboa de 1593, sí es defensa entonada por el Fénix contra sus detractores, Góngora y Laso a la cabeza. En el contexto del romance, sin embargo, esas “[...] lenguas de maldición, / calumniadoras de fama, / salteadoras de honras, / almacenes de zizañas, // alcázares de malicia, / torres de desconfianza” (vv. 33-38) que son “[...] peores que lobos” (v. 51) más bien parece que se refieren a quienes hicieron que la bella Zaida abandonase al protagonista y no, como piensa el crítico sevillano, a los rivales del Fénix. En cuanto al romance que aquí ocupa, Carrasco Urgoiti propuso que tras ese Lagartu Hernández aludido en *¡Ab, mis señores poetas!* podría estar nada menos que Pedro de Padilla (“Vituperio y parodia”, 128), y quizás *¿Por qué, señores poetas?* salía en su defensa (Ibidem, 134). No se olvide que Lope siempre alabó la talla poética del linarense.

³⁶ Solo esta vez: *¡Ab, mis señores poetas!* no vuelve a publicarse hasta el *Jardín de amadores*, de 1611, mientras que *¿Por qué, señores poetas?* sí aparece en otra *Flor* de las conocidas, la *Cuarta* lisboeta de 1593.

³⁷ Sánchez Jiménez piensa que incluso ambos textos pudieron “haber sido escritos para una misma ocasión académica” (“La batalla”, 163).

preguntarse, con Colonge, “quelle attitude, en ce qui concerne le probleme morisque, peut-on deceler chez les auteurs de ces romances parodiques”³⁸. Que al de este no le inspiraban especial simpatía salta a la vista, pero Carrasco Urgoiti fue demasiado lejos cuando consideró que el texto “se revela como una de las piezas de propaganda anti-morisca que van preparando el terreno para la expulsión”³⁹. Puesta a justificarlo, no le quedaba sino aventurar alguna interpretación que en lectura recta no se sostiene. Así, para la primera cuarteta:

¡Ah, mis señores poetas!
 ¡Descúbranse ya esas caras!
 ¡Desnúdense aquessos moros
 y acábense ya essas zambras! (vv. 1-4)

Ya en el verso segundo quiso descubrir que se reclama una política represiva frente a los usos islamizantes, toda vez que la petición de descubrirse las caras no tendría sentido dirigida a las damas moras del romancero, que ya la suelen llevar descubierta para mostrar la belleza de sus rasgos; pero sí “a las moriscas de la vida real, sobre todo las de las clases populares”⁴⁰. Y no solo, sino que el verso cuarto estaría abogando por la prohibición de un baile que, eso sí es verdad, seguía perteneciendo al “acervo propio del morisco, especialmente del granadino”⁴¹. Concédase que, por esta vez, Carrasco Urgoiti retuerce el texto para hacerle decir lo que no dice, porque más plausible parece que “aquessos moros” que bailan “essas zambras” sean los de los romances, y que quienes deben descubrirse “essas caras” sean los poetas que tras ellos se ocultan. No es preciso agotar la senda, tan sugerente en su primer planteamiento como rebuscada en sus intentos de justificación: baste decir que las cosas son más sencillas y que si el censor era partidario de la represión de las costumbres y modos moriscos, o incluso de medidas más drásticas, no lo expresó en unos versos en los que pide su expulsión, sí, pero del romancero.

Es más, incluso alguien tan poco dado a buscar complicaciones innecesarias como Sánchez Jiménez quizás exagera cuando, de esos versos en que se les pregunta a los poetas maurófilos si “ha venido a su noticia / que ay christianos en España” (vv. 27-28), deduce que el censor “apela sobre su idea de la nación española”⁴²: de nuevo las cosas son más sencillas y la pregunta, a todas luces retórica, tan solo demanda héroes cristianos para un público cristiano que, como esa tal doña María, antes que las zambras preferiría “ver baylar a doña Iuana / vna gallarda española” (vv. 10-11). Y ello sin contar con que está por ver lo que prefiriese ver doña María; aunque puede que esta reivindicación, que Pedraza Jiménez⁴³ ha llamado castellanista, de los venerables héroes cristianos de la tradición épica sí responda a un debate candente entre los poetas

³⁸ “Reflets littéraires”, 140.

³⁹ “Vituperio y parodia”, 132.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ *Ibidem*, 128-129.

⁴² “La batalla”, 163.

⁴³ *Romancero de Azarque de Ocaña de Lope de Vega y Otros Autores* (Ocaña: Centro de estudios sobre la Mesa de Ocaña - I.P.I.E.T. - I.B. Alonso de Ercilla, 1981), 34-35.

del tiempo. Distinto es, de nuevo, que la recuperación de un pasado heroico y cristiano se les ofreciese no solo como alternativa estética sino, según pretendía don Manuel Alvar, también como “panacea para una España en crisis”⁴⁴. Para esto sí podría haber, justo es reconocerlo, alguna base textual en *¡Ah, mis señores poetas!*, pero implicaría tomarse en serio afirmaciones como esa de que “[...] el herege / de nuestra fe sacrosanta” iba a pensar “que de los nombres de pila / se nos sigue alguna infamia” (vv. 29-32).

No obstante, aunque la censura sea literaria, no se pueden soslayar las referencias, tan ciertas como sangrantes, a los reales moriscos. A fin de cuentas, a la hora de desmontar el artificio de los moros sentimentales, pocos recursos había más efectistas que mirarlos en el espejo deformante de sus correligionarios del mundo real. Así, Fátima y Jarifa venden ahora higos y pasas, Arbolán cava la tierra, un Cegrí se emplea como aguador y al valeroso Muza se le hace buñolero. ¿Realmente era preciso recordarle al público lo poco que tenían que ver los caballeros y damas que el romancero había traído de otro siglo con los conversos de extracción más humilde? Nadie habría confundido a los unos con los otros, pero estos segundos terminan por llevarse la peor parte y no cabe duda de que el censor se recrea en su realidad tan poco poética.

Y aquel otro que le salió al paso⁴⁵ en *¿Por qué, señores poetas?* tampoco se metió a defenderlos, que ciertamente no habría sido lo más prudente, quizás porque a él mismo no le suscitaban particular compasión. Salía tan solo por los suyos, los poetas maurófilos y sus moros de la poesía; y lo hizo, eso sí, con argumentos sobre los que merece la pena detenerse un punto por cuanto algo dicen del género defendido. No tanto el primero que se aduce, donde se justifica la españolidad de Audallas y Guadalaras o de la misma zambra porque Granada es España (vv. 22-28). Por cierto que aquí quiso ver Carrasco Urgoiti un debate acerca del pasado musulmán de España para concluir, con cierto exceso, que “juzgar como una amputación el rechazo de cuando deriva del pasado musulmán es, de modo indirecto, afirmar el derecho del morisco a ser considerado español”⁴⁶. No se dirimía la españolidad de los moriscos, aunque no es menos cierto que, si realmente el poeta quería romper una lanza por ellos, tampoco podía ir mucho más lejos. Más interesante resulta cómo sale al paso de la reivindicación castellanista en un ingenioso giro argumental que ilumina el espíritu del romancero morisco. Claro que no reniega de la venerable tradición heroica cristiana, pero precisamente por respeto a sus próceres legitima el romance de moros, ya que involucrar en sus saraos cortesanos a nombres tan solemnes como los del Cid o Bernardo del Carpio⁴⁷ sería tanto como “quitarles de sus nombres / y afeminarles las armas” (vv. 73-74). Que muy probablemente lo pensaba, y fue quizás una de las razones del éxito de los géneros morisco y pastoril, más propicios para el discreto de amores.

⁴⁴ *Granada y el Romancero* (Granada: Archivum, 1990), 86.

⁴⁵ Sánchez Jiménez (“La batalla”, 160) cree que pueda ser respuesta a varios romances maurófobos

⁴⁶ “Vituperio y parodia”, 125.

⁴⁷ A quien vemos en *No os llamo canalla vil*, romance de Laso incluido en su *Manojuelo*, apremiando a los ociosos caballeros cristianos para que acudan a la lucha.

Nadie acudió en su apoyo y *¿Por qué, señores poetas?* ha quedado como reivindicación tentativa y sola del romancero morisco. ¿No hubo más por falta de mejores argumentos? Tampoco puede decirse que quienes sí se sumaron a la veta maurófila aportasen nuevas razones más allá de las propuestas por *¡Ab, mis señores poetas!*, así que no parece que vayan por ahí los tiros. La pulla suele tener mayor mordiente y atractivo, también más gracia, que la apología, y seguramente los maurófilos consideraron que el debate no llevaba a ningún sitio. Aparte de que quizás tampoco les parecía conveniente a los poetas meterse en querellas que podrían derivar hacia cuestiones más peliagudas.

LA MODA MAURÓFOBA

La burla, por el contrario, no entrañaba ningún riesgo, e incluso no dejaba de ser una manera de explotar la boga del género, independientemente de si ya cansaba. Por lo uno o lo otro, a partir de este año de 1592 proliferan en las *Flores* textos que, quizás a rebufo de *¡Ab, mis señores poetas!* y casi siempre aprovechando sus hallazgos, atacan al romancero morisco. El más célebre de ellos, a juzgar por sus múltiples reimpressiones⁴⁸, es *Tanta Zaida y Adalifa*, aparecido en la misma *Quinta* de Burgos de 1592 y que Márquez Villanueva vuelve a dar a Laso⁴⁹. Si lo escribió el madrileño, y es otro de los que recuerdan a los suyos ciertos, esta vez rebajó bastante el tono, al menos en lo que toca a los conversos, porque el asunto principal es eminentemente literario, una apología de los temas históricos⁵⁰ que “viejos son pero no cansan” (v. 80) frente esos moros poéticos que, clama el censor, “¡muera yo si no me cansan!” (v. 12). Ninguna otra pieza expresará tan a las claras la que debió de ser causa principal de la disolución del romancero morisco, el cansancio; pero esta vez se cuela, por vez primera, la cuestión religiosa, porque los poetas maurófilos habrían renegado de su ley, término alguna vez intercambiable por credo⁵¹, para ofrecerle “[...] a Mahoma / las primicias de sus gracias” (vv. 31-32). Claro que en esta “defección de españolía de unos poetas semiapóstatas a la ley de Mahoma”, según resume Márquez Villanueva⁵², el dios más directamente ofendido no es el cristiano sino el de la poesía, Apolo, de quien se implora venganza contra esos “[...] poetas moriscos⁵³ / que tu deidad profanan” (vv. 48-49).

⁴⁸ Solo superadas por las *Ensillemme el asno rucio*, según constata Carrasco Urgoiti, “Vituperio y parodia”, 121.

⁴⁹ “Lope”, 165, nota 26.

⁵⁰ Para Menéndez Pidal (*Romancero Hispánico*, tomo 2, 134) “reprueba el abandono en que los poetas tienen los temas heroicos”; y García Valdecasas (*El género morisco*, 179) entiende que el romance es principalmente “crítico del género morisco y elogio del histórico”.

⁵¹ En *Mira el cuerpo casi frío*, del *Romancero General*, un moribundo maestre le pide a su amigo Muza “que tomes la ley christiana” (v. 44); y en el inédito *Cristiana me vuelvo, Zaida*, conservado en el manuscrito 996 de la Biblioteca del Palacio Real, la mora, celosa de que al cautivo le agraden en su prisión damas cristianas, amenaza por carta con abrazar también ella la cruz en estos términos: “No quiero en tu ley quererte, / sino seguir la contraria” (vv. 5-6); a lo que responde él por la misma vía que “¡Ojallá que tú lo fueses, / tan santa en su ley christiana / que, como a santa y ermosa, / te yziesen ymagen santa!” (vv. 89-92).

⁵² “Lope”, 166.

⁵³ El ms. 17556 de la Biblioteca Nacional cambia “moriscos” por “maricones”.

Sin embargo, otra versión que publica la *Flor cuarta* lisboeta del año siguiente⁵⁴ hace de la sensibilidad literaria signo de fidelidad religiosa cuando concluye, en estrofa trunca: “y sabremos quién es moro / o quién viue en ley christiana” (vv. 73-74). ¿Lo pensaba así realmente el autor de esta versión? Cuesta pensarlo, pero no se verá otra asociación tan directa y rotunda entre maurofilia poética y ortodoxia; y puesta nada menos que como colofón a todo el poema, en lo que al entusiasta poeta que lo añadió debió de parecerle un golpe de gracia casi definitivo.

Con todo, las alusiones religiosas son infrecuentes en los ataques al género morisco, ya porque no hacían especial gracia o porque eran terreno pantanoso. Otro texto que lo pisa, *Todos dicen que soy muerto*, no puede considerarse en sí mismo una censura⁵⁵, pero la que contiene, apenas unos versos, le pareció a Carrasco Urgoiti⁵⁶ que vale “como síntesis” del fenómeno maurófono. No se refería a la versión que pasó al *Romancero General* desde la *Flor tercera* de Lisboa, donde los versos de marras son estos: “Oy[d]me también, poetas / romancistas de Granada, / inuadores desta secta / que, si no es herege, es falsa” (vv. 89-92). Aquí sí concedía, por cierto, que los términos religiosos se toman “en plan de broma”, aunque para prácticamente desdecirse cuando añadió que también “sugieren que el fervor con que se cultiva el romance de moros implica cierto grado de solidaridad con quienes en la vida hacen uso secreto de los mismos nombres y acaso profesan la misma fe que sus protagonistas”. Donde creyó encontrar a la ilustre crítica síntesis del fenómeno maurófono es en la versión que da la *Flor tercera* madrileña del año siguiente, y que aporta la siguiente variante, ciertamente significativa:

Oydmé también, poetas
romancistas de Granada;
los que vivís en el mundo,
porque entendéis el Petrarca,
canonizados del bulgo
por ydolos de Abenámar.

Si otras lecturas suyas resultan insostenibles a la luz de los textos, esta vez no queda sino reconocer su agudeza, porque los versos recién traídos estarían apuntando a los efectos perniciosos del romance de moros para un público menos docto que los poetas y más dispuesto a aceptar lo que contaban los romances. Después de todo,

⁵⁴ Presenta las suficientes variantes significativas como para considerarla versión distinta a la de la *Flor quinta* de Burgos. Esta pasó a sus ediciones de Lisboa en 1593 y Burgos en 1594; así como a la *Tercera* en sus ediciones madrileñas de 1593 y 1595.

⁵⁵ De hecho, Durán, *Romancero*, tomo 2, 550, no lo incluyó entre los moriscos burlescos, sino bajo el epígrafe de los “Romances varios jocosos, satíricos y burlescos”. Lo cita, sin embargo, Bartolo en el *Entremés de los romances*, cuando se hace burla de Azarque: “Todos dicen que soy muerto. / Dígame tú, la serrana, / si Azarque, indignado y fiero, / su fuerte brazo arremanga”. Leo por la edición de A. López Vázquez, “*El entremés de los romances*, atribuido a Cervantes”, *Digilec: revista internacional de lenguas y culturas* 3 (2016): vv. 424-427.

⁵⁶ Para lo que sigue, véase “Vituperio y parodia”, 120-121.

quizás aquella edad chismográfica de la que hablaba Menéndez Pidal no lo fue tanto⁵⁷ y para el público los poetas contemporáneos seguían siendo, acaba Carrasco Urgoiti, “depositarios de memorias gloriosas”.

Ahora bien, aun cuando quien propuso esos versos pensara del mismo modo, e incluso si a los demás censores del género los movía similar preocupación, no parece que su línea argumental tuviera demasiado éxito o, al menos, nadie más la desarrolló, seguramente porque tampoco iba a atraer nuevos lectores. Estos, ajenos a los debates de escuela, debían de preferir la deformación grotesca de los caballeros del romancero y, a qué negarlo, quizás también se recreaban a costa de los reales moriscos, que rara vez no reciben lo suyo. De ahí que pronto los textos comenzaran a competir entre sí por ver cuál iba más lejos. Uno de los más esperpénticos lo incluye la *Flor séptima* madrileña de 1595, aunque ya se había difundido en un pliego valenciano de 1593⁵⁸, con el expresivo título de *Lleve el diablo al potro rucio*. Nada se dice ahora de si el género cansaba o era indicador de ascendencia, y tampoco hay alusión a moro alguno ni a sus hacedores; pero el famoso potro, elevado a emblema del género morisco también por sus censores⁵⁹, recibe la mayor paliza que se pueda documentar en el romancero, desde carboneros que lo ahúman hasta cocineros que lo cuecen y pican. Profesiones todas ellas, no extrañará, propias de los conversos⁶⁰.

Esta misma baza de los conversos la juegan otros dos romances que también circularon en pliego a partir de 1594 y atacan a Lope bajo figura de Zaide. Se trata de *Díganme vuestras mercedes* y *Háganme vuestras mercedes*, conservados respectivamente en los cuadernillos de Gotinga y Milán⁶¹ y tan parecidos entre sí que quién sabe si alguno de ellos copia al otro. En el primero se pone en duda tanto como se ha cantado del moro, a quien las damas “[...] suplican / que no les ronde la calle” (vv. 3-4), cuando son tareas más propias de su etnia cargar costales de trigo y cavar en la huerta, e incluso, si de

⁵⁷ En su *Romancero Hispánico*, 130; y, apostilla Carreira, *Romancero*, tomo 1, 33, puede que “exagerando algo la nota”.

⁵⁸ *Segundo quaderno de varios Romances los mas modernos que hasta hoy se han cantado* (Valencia: 1593). Puede consultarse en la edición facsímil a cargo de García de Enterría, *Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca Ambrosiana de Milán*, pliego 9.

⁵⁹ Su fama traspasó las fronteras del romancero para colarse en el *Quijote* de 1605, donde alguna vez se le llama rucio al asno de Sancho en lo que seguramente son alusiones burlescas hacia Lope. Véanse a este respecto las consideraciones y ejemplos que propone Rey Hazas, *Poética de la libertad y otras claves cervantinas* (Madrid: Eneida, 2005), 132-136. También parece que apunta hacia el Fénix el *Entremés de los romances*, donde figura una versión de la parodia gongorina, y que López Vázquez, “El *Entremés de los romances* entre Cervantes y Góngora”, *Atalanta* 7 (2019): 221-239 atribuye a Cervantes sobre la base de unas pocas concordancias tomadas del CORDE. Por último, en el ms. 263 de la Biblioteca Classense de Rávena se conserva *Jerínqueme el potro susio*, que aquí no se trata porque su primer verso es la única alusión que contiene al romance morisco. Ha editado el texto P. Pintacuda, *Libro romanzero de canciones. Ms. 263 della Biblioteca Classense di Ravenna* (Pavía: Pubbl. Facoltà Lett. e Fi. Univers., 2005), 227.

⁶⁰ García Valdecasas, “Decadencia y disolución”, 143.

⁶¹ El primero se encuentra en el pliego intitulado *Caso gustosissimo y agradable sucedido en la Ciudad de Toledo a vna graciosa Dama* [...] (Huesca: Julian Floret, 1594), editado por García de Enterría, *Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca universitaria de Gotinga* (Madrid: Joyas bibliográficas, 1974), pliego 5. El segundo está en el *Primer quaderno de varios Romances* (Valencia: 1594), y también lo ha editado García de Enterría, *Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca Ambrosiana de Milán*. (facs.) (Madrid: Joyas bibliográficas, 1973), pliego 17; así como en el Cancionero de Gabriel de Peralta, ms. 4072 de la Biblioteca Nacional.

ocio se trata, jugar a los naipes; como lo serán las de Zaida vender manteca, queso o caracoles. *Háganme vuestras mercedes* vuelve sobre este mismo motivo, solo que ahora del moro reniegan boticarios, pasteleros, tundidores o buñoleros, esto es, los mismos “de su linaje” (v. 26). Se trata, si bien se mira, de variaciones sobre el mismo motivo fundante de comparar a unos moros que nunca existieron con los reales conversos; pero, aparte de esto, ambas piezas constatan que el género morisco se asociaba muy especialmente a Lope de Vega y a sus máscaras preferidas.

Uno de los tres textos maurófobos que aporta la *Flor séptima* madrileña del año siguiente, *Toquen aprisa a rebato*, lo apunta muy directamente, porque hace referencia a varios romances moriscos que alguna vez se le atribuyeron⁶², más alguno pastoril. Esta impugnación conjunta los dos géneros ya la había propuesto el autor de *Oídme, señor Belardo*, publicado por la *Cuarta* de Lisboa de 1593, donde se atacaba tanto al Fénix como su buen amigo Liñán bajo algunos de sus alias preferidos, ya de moros o pastores⁶³. Es romance que perfectamente podría sumarse a los que aquí ocupan, pero quizás tiene mejor cabida entre pastoriles burlescos, de los que que hubo más⁶⁴. *Toquen aprisa a rebato*, que también certifica que las “[...] endechas pastoriles / caydo han de puro viejas» (vv. 73-74), carga, sin embargo, más las tintas sobre la identidad morisca del Fénix, para asegurar que, “pues que de la secta mora / las cerimonias enseña / disfraçadas en romance, / señal que desciende dellas” (vv. 113-116); y, poco más adelante, que habrá “[...] nacido en Granada / y criándose en la Sierra” (123-124). Aunque por esta vez Márquez Villanueva⁶⁵ conceda que, de tan explícita, la broma no llegaba a pesada, es de suponer que alusiones de este corte no le hicieran demasiada gracia a alguien a quien le preocupaba tanto su limpieza de sangre. La misma *Flor* da a conocer *Colérico sale Muza*, romance de más ingenio que altura donde es el propio moro quien se harta de su género. Así, aquella furia de que había hecho gala en tantos romances la dirige ahora contra los “poetas nouicios” (v. 19) que los escribieron, de los que dice que no quiere dejar ni uno. Lo disuade de su propósito nada menos que Azarque, quien confía en que no tardando “[...] nuestras historias / los amohínen y cansen” (vv. 69-70). En lo que esto llegaba, y sin salir todavía de esta *Séptima* de 1595, ve la luz *Ese moro ganapán*, remedo por la vía grotesta del solemne *En la más terrible noche*⁶⁶ y curiosa vuelta de tuerca sobre el recurso de comparar moros y moriscos.

⁶² *Ensíllenme el potro rucio, Con dos mil jinetes moros, Al tiempo que el Sol esconde, Azarque indignado y fiero, Bravonel de Zaragoza, ¡Afuera, afuera, aparta, aparta! o Al camino de Toledo.*

⁶³ A Lope se lo ataca como Belardo, cuando pastor, y como Azarque o Adulce si se hacía moro. Liñán está, sobre todo, detrás del moro Bravonel, cuyo breve ciclo prácticamente es hechura suya: en la antología preparada por J. F. Randolph, *Poesías*. (Barcelona: Puvill, 1982), figuran como de autoría cierta Bravonel de Zaragoza, *Avisaron a los reyes, Después que en el martes triste y Alojó su compañía.*

⁶⁴ En la edición del romancero pastoril preparada por Suárez Díez, *El Romancero Nuevo Pastoril* (Tesis doctoral, UAM, 2015), 96-97, se contabiliza una treintena de romances pastoriles burlescos o paródicos, entre los que no figura *Toquen aprisa a rebato* pero sí *Oídme, señor Belardo*. Este lo clasifica Durán (*Romancero*, tomo 1, 130), sin embargo, entre los moriscos satíricos, donde también cabría. Sin embargo, la *Flor sexta* toledana de 1594 lo presenta como “Respuesta en sátira a este romance”, siendo dicho romance el pastoril *Mil años ha que no canto*.

⁶⁵ “Lope, infamado”, 170.

⁶⁶ Aunque Carrasco Urgoiti (“Vituperio y parodia”, 136) lo considera satírico. Para García Valdecasas (“Decadencia”, 136) sí es parodia, pero a los versos en que el moro se va quitando sus

Ahora no hay tal comparación, al menos de manera explícita, pero se juega con el extrañamiento que supone echar a andar a un personaje del mundo literario por los caminos del mundo real, donde es objeto de incompreensión y burla. Así, al valiente Maniloro no le queda sino desprenderse del “pipote de disfraces” (v. 63) con que lo cargó el poeta en el poema parodiado; no sin sacarles antes el poco provecho que puedan tener, porque ese unicornio que allí llevaba bordado lo toma por montura, e incluso tiene que comerse las espigas que llevaba a modo de plumas.

Con todo, en la medida en que iba perdiendo fuelle el género morisco tenía cada vez menos sentido atacarlo, y las últimas aportaciones de la primera serie de las *Flores* rebajan muchísimo el tono, hasta el punto de que si entran en el corpus de romances maurófobos es con muchas cautelas. Una novedad trae la *Flor octava* toledana de 1596, *Por las riberas de Alberche*, que Durán⁶⁷ clasifica entre los moriscos satíricos, aunque anota que “hace burla de todos los géneros de romances”. Con especial atención al de moros eso sí, porque lo protagoniza uno, quizás Gazul⁶⁸, que sale con Cupido en busca de Abenámar para hacerle pagar cierto daño que había hecho su yegua en alguna huerta⁶⁹; pero finalmente topan con un Audalla que debe de ser el de *Contemplando estaba en Ronda*, puesto que volvía de Teba. Valga como burlesco, si se quiere, pero no necesariamente crítico cuando, después de todo, se trata tan solo de una escena cómica protagonizada por moros y, por cierto, de vuelo bastante bajo. Por fin, la *Flor novena* madrileña de 1597 saca *¿De cuándo acá tantos fieros?*, otro de los que se incluyen entre los satíricos de Durán⁷⁰. Para García Valdecasas⁷¹ “se mueve en la frontera entre lo satírico y lo no satírico”, quizás porque no descarta que sea del propio Lope, y la atribución tampoco es descabellada. El romance reproduce uno de tantos encuentros entre Zaide y Zaida, solo que ahora el despechado, airado y socarrón por partes iguales, se desquita de tantos reproches recibidos otras veces echándole en cara a ella sus muchos defectos. Hay desmitificación de la dama, desde luego, pero de una en particular que no tiene por qué representar a todas las demás del género. Si tras Zaida se ocultaba Elena Osorio, y a tantos años ya de aquellos amores tormentosos, quizás el Fénix volvió a disfrazarse de Zaide para un ajuste de cuentas tardío con la que inspiró sus primeros romances moriscos. Es tan solo una posibilidad o, al menos, nada dice que no lo sea, pero mientras la puerta quede abierta no estará claro si a este texto le vale llamarse maurófobo.

adornos se refiere como “sátira monótona”. Ambos textos figuran consecutivos tanto en la *Flor* como en el primer *Romancero General*, componiendo un par parecido a aquel del potro y el asno.

⁶⁷ *Romancero*, tomo 1, 135-136.

⁶⁸ Se dice que es “semejante a Rodamonte” (v. 23), comparación que al moro de Sidonia le aplican en el *Romancero General* el celeberrimo *Sale la estrella de Venus* o *Cuando por prados amenos*; y, en las *Guerras* de Pérez de Hita, *No de tal bravieza lleno*.

⁶⁹ La primera parte de las *Guerras* de Pérez de Hita contiene un romance que empieza: “En las huertas de Almería / estava el moro Abenámar, / frontero de los palacios / de la mora Galiana”; y que es versión muy reducida de *Por arrimo su albornoz*, aparecido ya en la *Flor* de Huesca y documentado todavía antes en el cancionero *Fuentsol*.

⁷⁰ *Romancero*, tomo 1, 135.

⁷¹ “Decadencia y disolución”, 144.

Cerrada la primera serie de las *Flores*, puede darse por prácticamente extinto el romancero morisco y, con él, sus impugnaciones poéticas. Fuera de las debidas a Laso de la Vega, que merecen consideración aparte, el nuevo siglo solo añade una que trae el *Romancero General* en su versión de 1604, y González Palencia se la da también al madrileño. Se trata de *Valga el diablo tantos moros*, que vuelve sobre la comparación entre caballeros y conversos para concluir que el romance de moros cansaba. Aunque con las atribuciones propuestas por González Palencia, las más de las veces sin dar prueba o indicio, conviene cruzar los dedos, quizás esta no va mal tirada, porque para este tiempo solo Laso seguía empeñado en combatir una moda que ya se había ido. Las razones propuestas, sin embargo, no eran nuevas, y este romance aprovecha algunas que ya había empleado *Colérico sale Muza*. Así, también ahora se quejan los moros, que “[...] dicen / que los leuantan que rabian” (vv. 83-84); y, si allí los romancistas maurófilos eran “nouicios”, aquí son tachados de “nouatos” (v. 3). Este cierto prisma de superioridad, ya por experiencia o por arte, no desentona en quien había visto publicados sus romances ya antes de la *Flor* de Huesca: ¿pudo escribir Laso ambos textos?

GABRIEL LOBO LASO

No lo sabemos, pero quizás haya que replantearse aquel lugar común que lo sitúa al margen del grupo del romancero nuevo⁷². En lo que toca a los romances maurófobos, sin embargo, sí hay que tratarlo aparte por cuanto de ningún otro autor conocemos tantos, nada menos que los cinco que incluye su *Manojuelo*, de 1601⁷³. Esta reacción rezagada y, además, tan furibunda, sobre todo en alguien que había cultivado la poesía de moros enamorados en sus vertientes tanto fronteriza como propiamente morisca, quizás no se explica tan solo por razones de tipo literario. Así, Weiner⁷⁴ deduce que entre el *Romancero y tragedias* y el primer *Manojuelo*, quizás a partir de 1588, Laso debió de experimentar un viraje ideológico desde posiciones proclives incluso a la asimilación de los conversos hasta esa radical hostilidad que expresan algunos de sus textos más tardíos.

Por ir de menos a más, el librito contiene dos reivindicaciones castellanistas tópicas, en la línea de otras ya vistas y que se han atribuido al propio Laso: *¡Oh, noble Cid Campeador!* o *Por Dios, señores poetas*. Esta segunda, curiosamente, no apunta hacia los moros del romancero, sino hacia los héroes de la antigüedad grecorromana; y,

⁷² Como ha propuesto Carreira, *Romancero*, tomo 1, 91, sobre la base de que el *Romancero General* de 1604 debe de contener un total de unos ochenta textos suyos que se difundieron anónimos; por más que, se maliciaba Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico*, tomo 2, 120, al autor no le hiciera demasiada gracia. Por otra parte, si fue él quien escribió *¡Ab, mis señores poetas!*, que el autor de *¿Por qué, señores poetas?* lo llame “Iudas de vuestro gremio” (v. 11) no deja de ser un reconocimiento implícito de pertenencia. El recientemente fallecido Aurelio González, “Temas y recursos de los romances de Gabriel Lobo Lasso de la Vega”, *Edad de Oro* 32 (2013): 177-197, supo justificar en su día con buenos ejemplos, que Laso entra por derecho propio dentro del grupo del romancero nuevo.

⁷³ Sigo la edición de Mele y González Palencia (Madrid: CSIC, 1942).

⁷⁴ *Cuatro ensayos sobre Gabriel Lobo Lasso de la Vega (1555- 1615)* (Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2005), 54.

aunque en otra parte la clasifiqué entre los textos maurófobos del madrileño⁷⁵, lo cierto es que no cabe. La primera sí, y desliza además alguna que otra insinuación sobre las que conviene detenerse. Por de pronto, comienza y acaba celebrando que al fin se vayan extinguiendo los moros del romancero, como en efecto estaba sucediendo: “Pero ya se va enmendando, / Cid Campeador, este aviesto” (vv. 77-78). Aun así, todavía se le pide al héroe: “desterrad esta canalla” (v. 41), y resulta difícil que tanto el verbo como el sustantivo no traigan a la mente, aparte de Zaides y Gazules, a los moriscos de carne y hueso. Con todo, la canalla son, en el contexto del poema, los personajes que cultiva ese tal Juan Ciruelo aludido en el verso 52, poeta maurófilo y nieto de mora, del que cree Márquez Villanueva que podría representar al Lope⁷⁶. Poco o nada nuevo, se dirá, pero expresado con un tono inédito hasta la fecha, al menos en los textos de las *Flores*.

Y se eleva más en *Yendo a buscar un botarga*, que hace burla ingeniosa del romancero morisco cuando el narrador acude a un alquilador de disfraces y vuelve de vacío, ya que todos los adornos se los han llevado los poetas para sus moros. El asunto resulta hasta simpático a lo largo de casi todo el poema, pero la cuarteta con que concluye, por más que se refiera a estos, no precisa comentario, porque pide que “[...] se anduvieran / a pie, desnudos, descalzos, / almohazando sus recuas” (vv. 79-81). Si deseaba la misma suerte para los moriscos del mundo real queda todavía a la imaginación del lector, pero en *Señor moro vagabundo* las referencias son ya más directas. Por alusiones, el texto parece que se apunta hacia *A sombras de un acebuche* y *De ver una oscura cueva*, que curiosamente son, como bien ha notado García Valdecasas⁷⁷, dos de esos romances en que se mezclan los códigos morisco y pastoril, de manera que podría tratarse de una reacción contra el juego de máscaras al que tan aficionados habían sido los romancistas barrocos. Laso, sin embargo, deja en paz a los pastores y se dirige a los moros del romancero, a quienes recomienda que abandonen los amores ociosos para dedicarse a tareas más propias de su etnia. De nuevo conviene traer los rotundos versos finales, que tampoco esta vez piden explicación:

Válgate el diablo por moro,
que así has cansado los hombres
con tu larga soledad
y melancólicas noches.
El potro rucio te dé
en la barriga seis coces,
y quien “amén” no dijere
en malas galeras bogue (vv. 61-68).

Buscarle a eso de que se mande a galeras a quien no confiese “amén” alguna implicación referida a los conversos, criptomusulmanes tantos de ellos, quizás sea

⁷⁵ El romancero morisco de Gabriel Lobo Lasso (a propósito de un trabajo de Aurelio González), *Janus: estudios sobre el Siglo de Oro*, 9 (2020): 396.

⁷⁶ Véanse “Lope”, 21 y *Trabajos y días cervantinos* (Alcalá de Henares: Ediciones del Centro de Estudios Cervantinos, 1995), 130.

⁷⁷ “Decadencia”, 140.

lectura exagerada. Aún así, tratándose de Laso no hay que descartarlo, al menos de primeras, sobre todo si acudimos a *¿Quién compra diez y seis moros?*, el más duro y vejatorio de todos sus romances a decir de Weiner⁷⁸. Aquí el narrador, cual tratante de esclavos, oferta “en honestos precios” (v. 5) los moros que han sobrado de unas cañas y una zambra, y canta sus bondades para los trabajos serviles. Tales son que él mismo tiene pensado quedarse con dos que, de paso, le animen las noches relatándole historias de aquellos romances de los que salieron. No es mal negocio, concluye, porque en caso de necesidad siempre le quedará la opción de venderlos a galeras.

Tampoco se queda muy atrás *Poetas a lo moderno*, que aquí se ha dejado para el final porque quizás compendia el juicio que a Laso le merecían tanto el romance de moros enamorados como sus cultivadores. No falta la alusión infamante, y bien grosera, a aquellos, con particular detenimiento en las damas moras, y así se aclara que Fátima, Jarifa y Zaida, como las amadas de Muza o Audalla, fueron en verdad “unas moras pañalonas / con sus bragas atacadas” (vv. 35-36). Materia, en fin, tan poco poética que las mismas musas a quienes se encomiendan los romancistas maurófilos se quejan y “[...] dicen públicamente / que de mala gana cantan” (vv. 25-26). El género morisco, con todo, se iba extinguiendo, según había constatado ya *¡Oh, noble Cid Campeador!*, y aquí no quedaba sino reconvenir a los pocos romancistas que permanecían adictos: “y vestid a lo moderno, / que ya cansan antiguallas. / Tratad de Madrí y Toledo, / dexá a Mahoma en Granada” (vv. 63-66). Pocos versos sintetizan como estos el fenómeno maurófobo: el género morisco como ropaje artificioso, su moda ya pasada, la oposición entre las escuelas madrileña y andaluza, e incluso esa leve alusión religiosa que en otros parecería un recurso pero quizás aquí no es del todo inocente.

UN ROMANCILLO MAURÓFOBO PORTUGUÉS

Las ediciones lisboetas de varias *Flores* atestiguan el éxito del romancero nuevo español en Portugal aunque, que sepamos, no demasiados romancistas portugueses escribieron en castellano y los que lo hicieron fueron casi siempre rezagados⁷⁹. En 1596 saca en Coimbra Roiz Lobo la *Primeyra e segunda parte dos romances*, donde reivindica que se hagan también allí “cada domingo unas cañas”, que se corra por la Alhambra y la Alpujarra, que vistan “[...] de fiesta / vna marlota morada / y vn capellar amarillo / terciado con vnas vandas”; y ello porque “quiça vestidos de moros / nos querrán las castellanas”⁸⁰. Se sumaba tarde a una moda que en España ya apenas daba frutos nuevos, sí, pero que seguía interesando a los editores, y este aliciente debió de moverlo. De ahí que no tuviera reparos a la hora de incluir, junto con unos cuantos romances moriscos de factura reciente, también *Espérese un poco Azarque*. Es versión a la

⁷⁸ *Cuatro ensayos*, 55.

⁷⁹ Véase el trabajo de Ares Montes, “Primavera del Romancero Nuevo en Portugal”. *Revista de Filología Española* 47 (1964): 263-286.

⁸⁰ *Primeyra e segnda parte dos romances de Francisco Roiz Lobo, de Leiria. Dirigidos ao ill^{mo} senhor dom Francisco Maçarenhas, Conde de Sancta Cruz, Governador de Portugal, Capitão dos ginetes, v da guarda de sua Magestade*. (Coimbra: Antonio de Barreira, 1596), 23-24. Hay edición facsímil preparada por Pérez y Gómez (Valencia: La fonte que mana y corre, 1960).

portuguesa de la reacción castellanista que, para el caso, podría casi llamarse lusista, porque tras quejarse de moros y pastores, desde Azarque hasta Riselo o Belardo, pide ahora que vuelvan no el Cid o Fernán González, sino Camoens y Miranda, aunque también Homero y Virgilio, nada menos que Petrarca, e incluso Boscán y Garcilaso (vv. 57-60). Lo cierto es que no parece reacción espontánea, sino intento artificioso de aprovechar los romances de moros también desde la polémica; pero no por ello deja este de ser, siquiera por imitación, romance también propiamente maurófobo.

CONSIDERACIONES FINALES

Al igual que el romancero morisco convencional, la reacción maurófoba la componen un conjunto de variaciones de desigual mérito sobre unos pocos motivos recurrentes que muy probablemente buscarían, ante todo, el favor del público. A la base del fenómeno debe de estar el hastío de aquella moda que ya cansaba por saturación; pero quizás algún que otro poeta se sumara a su crítica buscando aprovecharse de lo que no dejaba de ser una nueva oportunidad que ofrecía el mismo género atacado. De una u otra manera, y fueran los motivos que se aducían más o menos sentidos, esas burlas que recibe el romancero morisco iluminan algo que estaba sucediendo a ojos de todo el mundo, su pérdida de pujanza. Que tuvieran alguna real incidencia ya es más cuestionable. Así, las reivindicaciones castellanistas sí anticipan el retorno de los viejos temas históricos y heroicos, pero cuesta creer que algún poeta cambiase a Zaide por Bernardo de Carpio tan solo por las reconvenciones que otro le había dirigido. En cuanto a los gustos del gran público, no se olvide que sigue consumiendo romances moriscos todavía bien entrado el nuevo siglo, como parecen indicar las múltiples reediciones del *Romancero general* hasta 1614⁸¹.

Lo que sí es cierto es que los poetas no tardaron en abandonar un género que, quizás por la intensidad de su moda, pronto agotó sus posibilidades. De ahí el cansancio que denuncian tantas censuras. Claro que incluso estas no dejan de ser poesía, de manera que se surten de los recursos que el género atacado les podía proporcionar para hacer una burla más efectista. Además, como los moros sentimentales habían alcanzado su mayor fortuna como máscaras tras las que algunos poetas difundían sus amoríos, ya reales o pretendidos, hacer mofa de un determinado personaje era hacerla también de su creador. A este respecto, no erraba el tiro Carrasco Urgoiti cuanto se refirió, con especial atención a los rivales de Lope, a esa «mala voluntad que anima a unos hombres de letras contra otros»⁸²; y no será casualidad que precisamente el Fénix fuera quien más ataques recibió, ya disfrazado de moro granadino como cuando pasaba a pastor. La existencia de unas pocas críticas conjuntas a ambos géneros indican que se trata de códigos estéticos hermanos, por más que cambien los alias, y que quizás el principal objetivo de sus impugnadores debían de ser quienes se acogían a ellos para hacer fortuna y, de paso, forjarse una imagen.

Con todo, la reacción maurófoba fue mucho más virulenta y, además, tocaba una cuestión tan peliaguda y candente como es el problema morisco. Seguramente

⁸¹ Como recuerda Carreira, *Romancero*, 42.

⁸² “Vituperio y parodia”, 116.

porque los conversos ofrecían más flancos, y más jugosos, que los pastores del mundo real; y también porque no debían de despertar especial simpatía entre gran parte del público e incluso de los mismos poetas maurófilos. Extraer de aquí, sin embargo, que el romancero morisco se extinguiera por las tensiones étnicas y religiosas es dar un salto demasiado largo y los textos traídos tampoco ofrecen apoyo sólido. Vale que las alusiones infamantes a los conversos, así como la búsqueda de mayores implicaciones en el romance nuevo de moros, se repiten hasta la saciedad; y podría pensarse, siquiera por argumentación convergente, que al final aquellas tensiones sí fueron determinantes. Ahora bien, tomada cada referencia particular en su contexto, se muestran todas como lo que realmente son, burlas que tiran de lo más hiriente que había a mano. Y, si se quería hacer escarnio de los estilizados caballeros moros del romancero, el polo de comparación más hábil para degradarlos estaba, evidentemente, en sus correligionarios del mundo real, una minoría indefensa por la que nadie iba a salir a dar la cara. A veces incluso parece que la crítica a los primeros sirve de pretexto para ensañarse con estos otros, pero quizás haya que conceder que en la vejación del morisco se encontraba la principal gracia de algunas de estas piezas, con todo lo que repugne a nuestra sensibilidad moderna⁸³. Y poco más dicen los textos: que había una corriente dentro del grupo del romancero nuevo que abogaba por el fin del juego de máscaras poéticas; y que la peor parte de su reacción terminaron por llevársela los reales moriscos, cuyos problemas fueron siempre ajenos al romancero culto salvando estas pocas veces que sirvieron para burla de todos, a propósito de otros moros imaginados que iban perdiendo boga. Justamente por ello sí parece razonable pensar que la maurofobia poética aprovecha una sensibilidad generalizada poco favorable hacia los conversos, pero no cabe alargar el argumento para aplicarle similar correspondencia a la maurofilia: como ha escrito, con cierta sorna, Sánchez Jiménez a propósito de Lope⁸⁴, “ni pretendía con los romances de Gazul afirmar el papel de los moros en la historia de España, ni con los de Belardo reivindicar la posición del campesinado español”. Ni lo pensarían realmente quienes le atribuyeron, a él o a sus émulos, alguna intención parecida. En los romances maurófobos nunca se discutió, al menos en serio, la identidad nacional, sino, en todo caso, sobre qué caminos debía transitar el romancero.

APÉNDICE: LISTADO DE ROMANCES MORISCOS MAURÓFOBOS

Van en tabla sinóptica los romances que se pueden considerar, abriendo alguna vez mucho la mano, maurófobos. El rótulo, que vale cabalmente para las impugnaciones al género, se les podría disputar a algunos de los textos listados pero, como las oportunas prevenciones para cada caso ya quedaron expuestas más arriba, parece prudente darlos todos aquí junto con unos pocos datos de cierto interés. Como sucede casi siempre en el romancero nuevo, uno de los grandes problemas que plantean los textos es el de su autoría. Aparte de los de Laso publicados en el primer

⁸³ Al lector de hoy le vendrán automáticamente términos como racismo, xenofobia, supremacismo e incluso el más reciente de aporofobia: sin ánimo alguno de legitimar la vejación del diferente al amparo del espíritu de la época, son términos todos ellos anacrónicos, y Feros Carrasco, “Retóricas”, 69, ha explicado que en el XVI no existían teorías racialistas ni cosa parecida.

⁸⁴ “La batalla”, 181-182.

Manojuelo, doy por ciertos de Góngora los que así figuran en la edición de Carreira. Para los demás casos, recojo las atribuciones que se hayan propuesto, sean más o menos plausibles, y entre paréntesis figuran el crítico o la fuente donde se encuentran. El otro dato que convendría conocer, el de la composición de los textos, tampoco lo tenemos casi nunca, y los romances maurófobos, por ser casi todos tardíos, no suelen difundirse en manuscritos anteriores a las *Flores*. Sí me ha parecido interesante recoger, al menos, la primera versión impresa de cada uno, porque indica cuándo comenzaron a difundirse para el gran público; así como qué textos pasaron al *Romancero General* de 1600.

Con todo, el mayor interés de estos romances estriba en si dicen algo de la disolución del género morisco. A tal efecto, las posibles razones para su censura se agrupan en dos tipos genéricos: literarias y étnicas; que a su vez se desglosan en otros motivos más particulares. Como no hay lugar para entrar a calibrar su intensidad y verdad, en cada ítem entra cualquier alusión que pueda leerse en el sentido indicado. De este modo, el cuadro ofrece, o ese es su propósito, un panorama visual razonablemente claro de lo que hasta aquí se ha expuesto.

Romance	Autor	1º impresión	Romancero General 1600	Elementos de la censura						
				Literaria				Étnica		
				Cansancio	Burla del código	Reivindicación castellanista	Romance paródico	Alusión a los conversos	Linaje de los poetas	Implicaciones religiosas
<i>¡Ah, mis señores poetas!</i>	Lope (BNE ms. 3168), Góngora (Millé), Laso (Márquez Villanueva)	<i>Flor quinta</i> , Burgos, 1592	✓							
<i>Colérico sale Muza</i>		<i>Flor séptima</i> , Madrid 1595	✓							
<i>¿De cuándo acá tantos fieros?</i>		<i>Flor novena</i> , Madrid, 1597	✓							
<i>Despuntado be mil agujas</i>	Góngora	<i>Segunda parte del Romancero</i> , Valladolid, 1605								
<i>Díganme vuestras mercedes</i>		<i>Caso gustosísimo</i> , 1594								
<i>Ensíllenme el asno rucio</i>	Góngora	<i>Flor primera</i> , Barcelona, 1591	✓							
<i>Ese moro ganapán</i>		<i>Flor séptima</i> , Madrid 1595	✓							
<i>Espérese un poco Azurque</i>		<i>Primeira e segunda</i> , Coímbra, 1596								
<i>Háganme vuestras mercedes</i>	Lope (García de Enterría)	<i>Primer cuaderno</i> , Valencia, 1594								
<i>Lleve el diablo al potro rucio</i>		<i>Segundo cuaderno</i> , Valencia, 1593	✓							
<i>¡Oh, noble Cid Campeador</i>	Laso de la Vega	<i>Manojuelo</i> , Zaragoza - Barcelona, 1601								
<i>Oídme, señor Belardo</i>		<i>Flor cuarta</i> , Lisboa, 1593	✓							
<i>Poetas a lo moderno</i>	Laso de la Vega	<i>Manojuelo</i> , Zaragoza - Barcelona, 1601								
<i>Por las riberas de Alberche</i>		<i>Flor octava</i> , Toledo, 1596	✓							
<i>¿Quién compra diez y seis moros?</i>	Laso de la Vega	<i>Manojuelo</i> , Zaragoza - Barcelona, 1601								
<i>Señor moro vagabundo</i>	Laso de la Vega	<i>Manojuelo</i> , Zaragoza - Barcelona, 1601								
<i>Tanta Zaida y Adalifa</i>	Laso de la Vega (Márquez Villanueva)	<i>Flor tercera</i> , Madrid, 1593	✓							
<i>Todos dicen que soy muerto</i>		<i>Flor tercera</i> , Lisboa, 1592	✓							
<i>Toquen aprisa a rebato</i>	Lope (González Palencia)	<i>Flor séptima</i> , Madrid 1595	✓							
<i>Triste pisa y afligido</i>	Góngora	<i>Flor quinta</i> , Lisboa, 1593	✓							
<i>Valga el diablo tantos moros</i>	Laso de la Vega (González Palencia)	<i>Romancero General</i> , Madrid, 1604								
<i>Yendo a buscar un botarga</i>	Laso de la Vega	<i>Manojuelo</i> , Zaragoza - Barcelona, 1601								

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvar López, Manuel, *El Romancero: Tradicionalidad y pervivencia* (Barcelona: Planeta, 1970).
- , *Granada y el Romancero*, ed. J. Lara Garrido (Granada: Archivum, 1990).
- Ares Montes, José, “Primavera del Romancero Nuevo en Portugal”, *Revista de Filología Española* 47 (1964): 263-286. <https://doi.org/10.3989/rfe.1964.v47.i1/4.945>.
- Benítez Sánchez-Blanco, Rafael, *Tríptico de la expulsión de Los Moriscos. El Triunfo de la Razón de Estado* (Montpellier: Presses universitaires de la Méditerranée, 2012).
- Bonilla Cerezo, Rafael, “Imitación y autoparodia en el romancero morisco de Góngora”, *Studi Ispanici* 32 (2007): 89-117.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad, “Vituperio y parodia del romancero morisco en el romancero nuevo”, en *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos: Actas del Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, los días 30 y 1-2 de diciembre de 1983* (Madrid: Casa de Velázquez - Universidad Complutense, 1986), 115-138.
- , *El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XX)* (Madrid: Revista de Occidente, 1956).
- Carreira Vérez, Antonio, ed., *Romancero General, en que se contienen todos los Romances que andan impresos. Ahora nuevamente añadido, y enmendado. Año 1604* (México: Frente de Afirmación Hispanista, 2018).
- Carreira Vérez, Antonio, *Gongoremas* (Madrid: Península, 1998).
- Cirot, Georges, “La maurophilie littéraire en Espagne au XVIe siècle (Suite et Fin)”, *Bulletin Hispanique* 46.1 (1944): 5-25.
- Colonge, Chantal, “Reflets littéraires de la question Morisque entre la Guerre des Alpujarras et l’expulsion (1571-1610)”, *Boletín de La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* 33 (1969-1970): 137-243.
- Dadson, Trevor J., *Los Moriscos de Villarrubia de los Ojos (Siglos XV-XVIII): Historia de una minoría asimilada, expulsada y reintegrada* (Madrid: Iberoamericana, 2015).
- Domínguez Ortiz, Antonio y Vincent, Bernard, *Historia de los moriscos: vida y tragedia de una minoría* (Madrid: Revista de Occidente, 1978).
- Durán, Agustín, *Romancero general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII* (Madrid: Rivadeneyra, 1849).

- Feros Carrasco, Antonio, “Retóricas de la expulsión”, en *Los Moriscos: Expulsión y Diáspora. Una Perspectiva Internacional*, ed. M. García-Arenal y G. Wieggers (Valencia - Granada - Zaragoza: Biblioteca de Estudios Moriscos, 2013).
- Fuchs, Barbara, *Una nación exótica. Maurofília y construcción de España en la temprana Edad Moderna* (Madrid: Polifemo, 2011).
- García de Enterría, M^a Cruz, *Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca universitaria de Gotinga* (Madrid: Joyas bibliográficas, 1974).
- , *Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca Ambrosiana de Milán*. (facs.) (Madrid: Joyas bibliográficas, 1973).
- García Valdecasas, Amelia, “Decadencia y disolución del Romancero morisco”, *Boletín de La Real Academia Española* 69 (1989): 131-158.
- , *El género morisco en las Fuentes del “Romancero General”* (Valencia: UNED Alzira - Diputación de Valencia - Interciencias 4, 1987).
- Góngora, Luis de, *Romances*, ed. A. Carreira Vérez (Barcelona: Quaderns Crema, 1998).
- González Palencia, Ángel, ed., *Romancero General (1600, 1604, 1605)* (Madrid: CSIC, 1947).
- González, Aurelio, “Temas y recursos de los romances de Gabriel Lobo Lasso de la Vega”, *Edad de Oro* 32 (2013): 177-197.
- Goyri, María, “Los romances de Gazul”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 7 (1953): 403-416. <https://doi.org/10.24201/nrfh.v7i3/4.265>.
- Jammes, Robert, *La obra poética de don Luis de Góngora* (Madrid: Castalia, 1987).
- Jónsson, “The Expulsion of the Moriscos from Spain in 1609-1614: The Destruction of an Islamic Periphery”, *Journal of Global History* 2 (2007): 195-212. <https://doi.org/10.1017/S1740022807002252>.
- La Parra López, Santiago, “Sobre las causas de la expulsión de los moriscos”, en *Conversos i Expulsats. La minoria morisca entre l'assimilació i el desterrament. Actes del Congrés “400 anys de l'expulsió dels moriscos” (Muro, octubre 2009)*, ed. E. Gozálbiz Esteve y J. Ll. Santonja Cardona (Muro: Ajuntament de Muro, 2009), 143-170.
- Liñán de Rianza, Pedro, *Poesías*, ed. J. F. Randolph (Barcelona: Puvill, 1982).

- Lobo Laso de la Vega, Gabriel, *Manojuelo*, ed. E. Mele y A. González Palencia (Madrid: CSIC, 1942).
- López Vázquez, Alfredo, “El *Entremés de los romances* entre Cervantes y Góngora”, *Atalanta* 7 (2019): 221-239.
- , “El *entremés de los romances*, atribuido a Cervantes”, *Digilec: revista internacional de lenguas y culturas* 3 (2016): 92-106. <https://doi.org/10.17979/digilec.2016.3.0.1812>.
- Madrigal, Miguel de, *Segunda parte del Romancero General y Flor de diversa poesía*, ed. Joaquín de Entrambasaguas, (Madrid: CSIC, 1948).
- Márquez Villanueva, Francisco, “El Problema historio-gráfico de los moriscos”, *Bulletin Hispanique* 86.1-2 (1984): 61-135.
- , “Lope, Infamado de morisco: *La Villana de Getafé*”, *Anuario de Letras: Lingüística y Filología* 21 (1983): 147-182. <https://doi.org/10.19130/iafl.adel.21.0.1983.50>.
- , *Trabajos y días cervantinos* (Alcalá de Henares: Ediciones del Centro de Estudios Cervantinos, 1995).
- Menéndez Pidal, Ramón, *Romancero Hispánico (Hispano-Portugués, Americano y Sefardí). Teoría e Historia* (Madrid: Espasa-Calpe, 1953).
- Millé y Giménez, Juan, *Sobre La génesis del Quijote. Cervantes, Lope, Góngora, el “Romancero General”, el “Entremés de Los Romances”, etc.* (Barcelona: Casa Editorial Araluce, 1930).
- Orozco Díaz, Emilio, *Lope y Góngora frente a frente* (Madrid: Gredos, 1973).
- Pedraza Jiménez, Felipe B., *Romancero de Azarque de Ocaña de Lope de Vega y Otros Autores* (Ocaña: Centro de estudios sobre la Mesa de Ocaña - I.P.I.E.T. - I.B. Alonso de Ercilla, 1981).
- Pérez Lasheras, Antonio, “Góngora y el *Romancero General*”, *Edad de oro* 32 (2013): 281-298.
- Pérez López, José Luis, “El romance morisco “*Ensíllenme el potro*”, atribuido a Liñán, y su parodia”. *Revista de Filología Española* 92 (2012): 101-116.
- Pintacuda, Paolo, ed., *Libro romanzero de canciones. Ms. 263 della Biblioteca Classense di Ravenna* (Pavía: Pubbl. Facoltà Lett. e Fi. Univers., 2005).
- Restrepo Ramírez, Santiago, “Otra escaramuza más en la rivalidad temprana entre Lope y Góngora: el soneto esdrújulo de “*El caballero del milagro*”, *Studia*

Aurea: Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro 11 (2017): 551-571. <https://doi.org/10.5565/rev/studiaaurea.270>.

Rey Hazas, Antonio. *Poética de la libertad y otras claves cervantinas* (Madrid: Eneida, 2005).

Roiz Lobo, Francisco, *Primeyra e segvnda parte dos romances de Francisco Roiz Lobo, de Leiria. Dirigidos ao ill^{mo} senhor dom Francisco Mazcarenbas, Conde de Sancta Cruz, Governador de Portugal, Capitão dos ginetes, v da guarda de sua Magestade*. (Coímbra: Antonio de Barreira, 1596) [ed. facsímil A. Pérez y Gómez (Valencia: La fonte que mana y corre, 1960)].

Ruiz Lagos, Manuel, *Moriscos De los romances del gozo al exilio* (Sevilla: Guadalmena, 2001).

Sánchez Jiménez, Antonio, “La batalla del romancero: Lope de Vega, los romances moriscos y *La villana de Getafé*”, *Anuario Lope de Vega. Texto, Literatura, Cultura* 20 (2014): 159- 186. <https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.89>.

—, “Lope de Vega y la Armada Invencible de 1588. Biografía y poses del autor”, *Anuario Lope de Vega* 14 (2008): 239-260.

—, *Lope pintado por sí mismo. Mito e imagen del autor en la poesía de Lope de Vega Carpio* (Woodbridge: Tamesis, 2006).

Sánchez Pérez, María, “La guerra de las Alpujarras y la propaganda antimusulmana a través de los pliegos sueltos poéticos del siglo XVI”, en *Las relaciones de sucesos en los cambios políticos y sociales de la Europa moderna*, ed. J. García López y S. Boadas Cabarrocas (Barcelona: Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona - Universitat de Girona, 2015), 55-82

Suárez Díez, José María, *El Romancero Nuevo Pastoril* (Tesis doctoral, UAM, 2015).

Weiner, Jack, *Cuatro ensayos sobre Gabriel Lobo Laso de la Vega (1555- 1615)* (Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia, 2005).

Wolf, Fernando José y Hofmann, Conrado, *Primavera y flor de romances ó colección de los más viejos y más populares romances castellanos* (Berlín: A. Asher y Comp., 1856).

Recibido: 27 de agosto de 2023
Aceptado: 11 de octubre de 2023